

XXXIV

POR fin, habeis venido!... exclamó amargamente. Habeis encontrado la pista y sabeis la verdad; pero habeis venido tarde, porque ya no se reunen aquí. Yo, que conocia esta gruta y que creia ser el único en conocerla, porque está en mi propiedad, queria sorprenderles, avergonzarles, amotinando la comarca en contra suya;... ¡porque vos habiais dejado de cumplir con vuestro derecho, si no con vuestro deber! He estado acechando toda esta semana. Habrán notado algo y no han vuelto á aparecer por aquí; es pues necesario buscarles nuevamente, y yo les buscaré.

—Y yo os lo prohibo.

—Estais en vuestro derecho si quereis vengaros; pero yo no estoy por ello menos en el mio. ¿Cómo os las vais á componer para impedirme que lo ejerza? En vuestro mundo, os batís en duelo, segun creo; pero esto, á nosotros, nos es completamente desconocido. Yo no quiero insultaros y haceros daño alguno. Si vos me atacais yo me defenderé como todo hombre que se ve acometido, y esto agravará aun más aquello. Estoy convencido de que no sois un niño, pero lo estoy tambien de que yo soy hombre y de que nadie me da miedo. Ved, pues,

como vale mucho más que discutais conmigo, que no que intenteis mandarme; esto sería lo más inútil, cuando menos, que podriais hacer.

—Concluyamos, maese Sixto, dije: ¿Reconoceis que un hombre, engañado ó no, está en su derecho evitando que un extraño se entrometa en castigar ofensas que le son propias?

—Sí, si castiga tambien ofensas recibidas.

—¿Y quién debe ser el juez de semejante justicia? ¿el jefe de la familia ó el extraño?

Sixto vaciló, porque no era tonto.

—M. Sylvestre, repuso luego: todos somos jueces de todos los demás. Vos no podeis, en verdad, oponeros á la opinion...

Esto era cierto, y convine en ello; pero él debió convenir tambien en que la opinion puede equivocarse, y que el deber de los hombres honrados está en juzgar sin pasion ni prevenicion alguna.

—Soy un hombre honrado, dijo Sixto enorgullecido de sí mismo, y mis prevenciones están fundadas... Si vos os conducís como un jefe de familia inflexible y avisado, permaneceré inactivo; pero si sois débil, pensaré que no sois sino un marido complaciente y no me privareis de publicarlo. Habeis querido ser el señor de Felicia Morgeron; esto no era, por cierto, lo más fácil del mundo, tanto, que instruido y todo como sois, no habeis logrado hacer de ella una mujer honrada. Tal vez un ignorante como yo hubiera sabido conducirla mejor. Tengo pues el derecho de censuraros, y os censuraré de frente; tened pues, esto en cuenta, si no vengais vuestro honor y mi amor propio; porque yo creo estar igualmente en ridículo por haber amado tanto á esta mujer, como por habérmela dejado arrebatar. Quiero, pues, que se sepa que es despreciable, y que yo la desprecio.

—Pues, bien, le respondí; aun cuando fuese ella despreciable, no quiero que la menospreciéis. Si yo he de vengarme de

alguna manera, no será esta la que elija; y desde ahora os lo digo: yo os guardaré bien de que la infameis ni ultrajeis. Me habeis obligado á tomar una resolucion extrema; la he tomado ya; luchemos frente á frente.

—¿Qué es lo que vais á hacer contra mí?

—Os mataré, maese Sixto, le respondí con la mayor sangre fria.

—¡Me matareis!

—¡Probablemente! Os diré delante de testigos que habeis mentido, y os perseguiré, si es preciso, sin odio ni cólera; pero, hasta quitaros ó perder la vida. Ved, pues, si para satisfacer vuestro despecho y vuestros rencores, quereis poner vuestra vida en el peligro más serio é inevitable.

—¿Creeis darme miedo?

—Si yo creyera daros miedo, serian mis amenazas una torpe cobardía. No ignoro que sois tan poco miedoso como yo; pero tampoco ignoro que, por el placer de cometer una mala accion, el hombre que tiene alma y reflexiona, no se espone á matar ni á que le maten. Reflexionad, pues, sobre lo que acabo de deciros, maese Sixto. Podeis aceptarlo ó dejarlo de aceptar; pero os advierto que es ello mi última palabra.

—Sois un hombre extraordinario, repuso él, despues de meditar un instante; veo que sois capaz de hacer lo que decís, y me pregunto el por qué de vuestra conducta, que no acierto á explicarme.

—Si teneis calma, creo que lograré hacer que me entendais.

—Hablad.

—Recordad, si quereis, la amistad que me unia á Juan Morgeron, la confianza que en mí habia depositado y los deberes que su muerte debia imponerme. Su hermana habia cometido una falta. El se la habia perdonado. La habia protegido en favor ó en contra de todo el mundo, habiendo así ayudado á su rehabilitación. Esto que hizo Juan Morgeron para su her-

mana no debo yo olvidarlo jamás, continuándolo cuanto me sea posible, porque, antes de ser su esposo, era su hermano: que como á tal habia yo entrado en la familia.

—Es verdad; pero permitidme: ¿Es posible que perdoneis por ello lo que se está haciendo contra vos en la actualidad?

—Si esto fuera así, no hubiera yo dicho que la perdonaba en mi corazon, porque esto no atañe á nadie sino á mí; pero yo la perdonaria, aparentemente tambien, si mi conciencia me lo exigia. Por lo tanto, declaro desde luego que no pienso tomar resolucion alguna antes de averiguar si habeis pretendido engañarme; y como no quiero valerme de nadie, que no sea yo mismo, para descubrir la verdad, todo cuanto me digais será perfectamente nulo. Renunciad, pues, á darme luz alguna sobre el particular con vuestras declaraciones.

—¿Sabeis que soy un hombre honrado, y os atreveis á decir que he pretendido engañaros? ¡Esto es un insulto!

—¡No, Sixto! es la fuerza de la pasion—y el despecho es una pasion violentísima—que hace creer y decir cosas de las que se arrepiente uno despues. Que son pocas las personas honradas que no han sido víctimas de ella una vez, si no varias, en la vida.—Veamos, recordad nuestra conversacion de la semana anterior, tenida aquí mismo. Vos mismo os haciais el pro y la contra. Estabais emocionado al propio tiempo que inseguro. Acabais de ver, juntas ó separadas, dos personas cuya intimidad, inocente ó culpable, os ha sido desagradable siempre. Vos supusiste desde luego lo malo, y por lo tanto, sin haber os cerciorado de ello, me deciais: “No quiero ya el recuerdo de Mile. Morgeron;” y un instante despues, deciais tambien: “¡Dejaré de estimarla, si descubro el crimen donde yo spongo!,” Hoy mismo, aun, habeis usado un lenguaje parecido, y estaríamos hablando horas y horas sin hacer otra cosa que razonar ó disparatar sobre una suposicion de vuestro estado de ánimo ó del mio.

—O del vuestro! ¡Mentís, M. Sylvestre! No os ofendais de la palabra, puesto que mentís con buena intencion; creéis deber mentir, pero no dudais por cierto de la falta, porque sin semejante creencia no estariáis aquí.

—¿Por qué pensais eso, puesto que tambien aquí estais vos?

—¡Ah! sois mas lince de lo que pareceis. Quereis hacer que os diga lo que sé.

—Os lo he prohibido, sea lo que fuere.

—Es decir, que no quereis agradecérmelo; pero si os lo dijera á pesar mio os alegrariáis. Pues bien, suponed que lo hago mal de mi grado. Mis pastores vieron hace ya un año á vuestra esposa y á Tonino venir aquí. Hace pues un año que os engaña.

—Hé aquí una razon bien menguada para creerlo. Venir aquí no constituye, por cierto, un crimen en contra mia.

—¿Lo sabiais?

—Al parecer, puesto que nada sospechaba.

—¿Y el lunes último os dijo vuestra esposa que habia venido?

—¿Cómo hubiera yo descubierto esta gruta si ella no me la hubiese indicado?

—Teneis contestaciones para todo. Pues bien; tendré paciencia. Nada por ahora divulgaré, pero tenedlo presente. Os concedo un mes para saber y obrar.

—Y yo os concedo el mismo espacio para reflexionar sobre lo que os he dicho.

—¿Me matareis si hablo?

—O me matareis vos á mí, lo cual no pasará de ser una lucha salvaje entre nosotros.

—Vais á ser excesivamente filosófico ó humano para matar á vuestra esposa ó á vuestro rival, y no vais á sentir el menor escrúpulo de amenazar la vida de quien pretende salvar vuestra honra

—Confesad, le dije sonriendo, que el día en que dierais un escándalo, me relevariáis con ello del agradecimiento que estais hoy reclamando. Cada cual, no obstante, guarda su honor y el de los demás, como le parece mejor, no existiendo como no existen leyes que le protejan.

—¿Leyes? ¡No ha de haberlas! Entablad una demanda de calumnia.

—¿Para hacer públicos vuestros insultos y entregar á la malignidad general un constante motivo de regodeo ó de provocacion contra mí?

—Pues bien, si yo andara diciendo por todas partes que me habeis amenazado de muerte; si diese parte de ello á la autoridad, para colocarme bajo su proteccion, ¿creéis que hubierais conseguido acallar la opinion pretendiendo intimidarme?

—¿Es preciso pues que os mate ó que me haga matar ahora mismo? responded. Yo no estoy preparado para ello; pero no importa, toda vez que vuestra locura, vuestro ódio ó vuestra obstinacion me pone así el puñal en el pecho. Defendeos, maese Sixto; no estamos armados uno ni otro, nadie nos ve; vamos pues á acosarnos y luchar aquí mismo, hasta que uno de los dos haya acabado con el otro.

—¿Hablais formalmente?

—Me estais atacando, y es forzoso que yo me defienda.

—¿Que yo os ataco?

—Acabais de decir que estais resuelto á deshorrar á mi esposa y á pesar mio; porque, si os dejo salir de aquí, nada en el mundo bastará á impedirlo. Es preciso, pues, que lo impida desde luego.

—Yo os he concedido un mes...

—¿A condicion de que durante este espacio vea por vuestros ojos y obre de conformidad con vuestro modo de pensar? Yo no puedo comprometerme á ello. Batámonos pues enseguida,

ó juradme que no diréis jamás una palabra de ello á nadie, sea lo que fuere, lo que yo diga ó haga.

—Batirnos aquí, á oscuras casi, y casi sin aire que respirar, esto va á ser un suicidio doble, M. Sylvestre.

—Las circunstancias son iguales. Desnudaos como yo me desnudo.

—¡Vamos, pues! exclamó Sixto, dando un briuco; si retrocediera ibais á creer que me habiais dado miedo, y yo no estoy para aceptar mandatos de nadie. Soy un hombre rico y considerado, y no he de permitir que un señorito pretenda aventajarme. Batámonos, pues, y ¡maldicion para vos que lo habeis querido!

Y nos pusimos á luchar á brazo partido.

—Aguardad, dijo él, sin soltarme; el más fuerte dispondrá del cuerpo del otro á su arbitrio.

—Convenido.

Dejó Sixto entonces caer sus brazos como desalentado; estaba pálido.

—¿No os importa morir sin sacramentos?

—Estoy en gracia de Dios.

—¡Jurémonos, cuando menos, que el que mate al otro, no dejará su cuerpo para pasto de águilas y cuervos!

—Al contrario, yo exijo de vos que dejéis mi cuerpo allí donde cayere, procurando salvaros.

No pudiendo, naturalmente, rechazar una condicion que podia serle ventajosa, volvió á tomar la actitud agresiva é intentó acometer; yo paré el golpe sin imitarle. Viendo entonces que yo no iria á su terreno sino en un caso extremo, no se atrevió á prescindir de las reglas de la lucha. A pesar de su fuerza y de su valor, estaba harto conmovido; dominado por la siniestra impresion del lugar en que nos encontráramos, veíase en su mirada algo lúgubre y terrorífico. No tardé en comprender que estaba perdido si yo queria, así es que procuraba

hacerle sentir mi superioridad sin abusar de ella. No tardó tampoco él en sentir mi cuerpo sobre el suyo. Teníale yo cogido por el cuello dominándole por completo, pero sin cólera ni ceguedad alguna; así es que, apreciando la situacion con tranquilidad relativa, pude ofrecerle gracia sin que me la pidiera.



—¿Con qué condiciones? preguntó tartamudeando entre avergonzado y colérico.

—Con la única de que no hableis jamás de mí ni de mi esposa en *bien* ni en *mal*.

Jurólo, y yo mismo le ayudé á levantarse y vestirse. Estaba abatido y como atontado. Salimos afuera hasta llegar á una fuentecilla cercana; vínome él siguiendo maquinalmente. Allí bebió repetidas veces. Cuando vi que no tenia ninguna contusion grave, puesto que podia hacer sin gran dificultad todos los movimientos naturales, y que el color violáceo que habia tomado su rostro se desvanecia con la saludable frescura del agua, le dejé. Llamóme, y al volverme, advertí que lloraba. Lleguéme entonces nuevamente á él.

—¡Me habeis humillado, dijo; humillado extremadamente!

—Vos quisisteis antes humillarme á mí; la suerte ha decidido.

—¿La suerte? ¡Sí, escuchad! Yo no pude disponer de mis fuerzas. ¡La idea de ser devorado por perros ó lobos!...

—¿No quereis confesar que ha sido ello algo, así, como el no defender la buena causa?

—Nada tengo que decir; podiais haber acabado conmigo, puesto que no se habia convenido tener piedad ni misericordia.

—Pero debia suponerse.

—M Sylvestre, valeis más que yo. ¡Quedad con Dios! Ahora puedo asegurar que si dejais vivir á Tonino, no será por cobardía. Sostendré mi palabra, podeis estar tranquilo por esta parte; pero como no he prometido no matar á Tonino, ¡ay de él si llega á caer en mis manos, sea por lo que fuere! Id con Dios. Tengo el disgusto de haber sido humillado, y ¡es preciso que desahogue en llanto mi pesar.

XXXV

RETIRÉME con la mayor sangre fria; pero aún hoy mismo cuando recuerdo haber estado á punto de estrangular á un hombre, algo malo si se quiere, pero no exento de valor moral ni falta de honor instintivo, no logro tranquilizarme. Habia yo reflexionado mucho antes de contraer un segundo matrimonio. Me habia dicho, como la primera vez, que no es cosa de jugar con un juramento por el cual nos comprometemos á la proteccion de una mujer. ¡Es tan profunda, encierra tal extension misteriosa esta palabra "proteccion", que el hombre pronuncia y suscribe frecuentemente sin medir todas sus consecuencias! Proteger, equivalé á defender, preservar y vengar. Bajo la letra de esta palabra legal, existe un supuesto espíritu que se desenvuelve hasta la ilegalidad. Antes que dejar que se insulte á nuestra esposa, debemos matar al insolente; y, como basta una sola palabra para amancillar, es muy posible que una sola palabra trueque en asesino á un hombre honrado. Y esto puede sobrevenir en el caso de legitima defensa, que la ley no ha previsto oficialmente, y que el juez no ha de poder fallar sin gran dificultad.